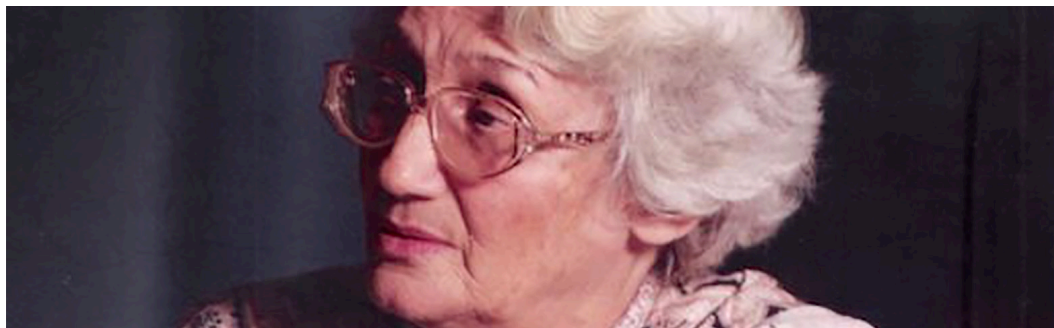




JACQUELINE CLARAC Y EL RETORNO DE NUESTROS DIOS EXILIADOS

MOSONYI, ESTEBAN EMILIO

Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de
Venezuela / Red de Antropologías del Sur
Caracas, Venezuela

Correo electrónico: emosonyi2@gmail.com



A Jacqueline Clarac de Briceño, grande y exquisita profesional, amiga entrañable.

PRIMER CAPÍTULO¹

Comienzo diciendo que Jacqueline, además de ser una antropóloga valiosísima desde cualquier perspectiva, posee también una personalidad que acapara nuestra atención, como ser humano extraordinario, original y sorprendente, desde ángulos muy diversos, si bien nunca contradictorios con lo académico, sino una fusión armónica, no desprovista de aristas, como todo ser humano.

Yo me siento verdaderamente privilegiado por conocerla y disfrutar de su amistad, que se extiende no solamente sobre dos siglos, sino literalmente dos milenios.

Recuerdo claramente cuando la llegué a conocer, por allá en los años sesenta, muy ruidosos, pero más constructivos que nuestra época actual. Yo he señalado varias veces que fue en esa etapa, coincidente con mi graduación, cuando comencé a lanzar por el aire una cantidad de ideas heterodoxas, bien lejanas de la antropología tradicional, que oscilaban entre cuestionamientos inesperados, irreverentes tanto para el positivismo afincado en los Estados Unidos y su zona de influencia en Europa occidental, como para el marxismo de origen leninista y staliniano, pero salpicado por la extensa obra de sus múltiples innovadores franceses. Sin extenderme sobre este punto, que acarrearía una larguísima discusión, sentí que ambas corrientes eran excesivamente dogmáticas, especialmente en relación con los pueblos indígenas y originarios en general.



1 Estas palabras fueron grabadas en un video en el canal de YouTube de la Red de Antropologías del Sur, en el marco de la celebración de los 90 años de vida de la profesora Dra. Jacqueline Clarac de Briceño. Se pueden ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=TbmzjJJaKvY>.

Si bien mis primeras aspiraciones y mis primeras apariciones en público fueron acogidas con interés y curiosidad por profesores y alumnos de mi queridísima Universidad Central de Venezuela (UCV), hubo también escépticos y detractores quienes me hacían la vida difícil, por razones que en este momento conviene contextualizar.

Ello ocurría sobre todo frente a mi negación del mayoritariamente proclamado primitivismo de los pueblos y culturas indígenas, mi rechazo a todo lo que implicaba y todavía implica el evolucionismo unilineal con direccionalidad desde lo elemental y arcaico hacia lo avanzado y civilizado, así como por mi insistencia nunca abandonada en que los indígenas, lejos de constituir una página cerrada de la historia, tienen que desempeñar un papel muy importante en el presente y futuro de la humanidad e incluso en el destino del planeta Tierra.

Fue en estos avatares cuando apareció en mi vida la figura de Jacqueline Clarac, de la Jacqui, como me gusta llamarla cariñosamente desde el principio. Tanto en las salas de discusión como fuera de ese espacio, Jacqueline, todavía en sus años juveniles, me apoyaba, argumentaba en mi defensa, me daba múltiples veces la razón ante la avalancha de opinadores, algunos muy serios y experimentados, otros y otras no tanto. Estos me atacaban, por lo general, duramente en un tono polémico agresivo, casi insultante, tal como era habitual en la época. Y Jacqui no tan solo coincidía conmigo en las líneas argumentativas, sino que agregaba que ya para entonces mi figura de profesor joven, de investigador que se adentraba en territorios vedados por diversos dogmatismos encaustrados e igualmente intolerantes, merecía todo el respeto y respaldo que debía suscitar mi coraje y osadía en un ambiente intelectual bastante sectario.

No hay por qué decirlo, esa actitud de vibrante solidaridad y aceptación entusiasta y enriquecedora de mis planteamientos compartidos por Jacqui-



ne, más un número cada vez mayor de aliados y aliadas, significó mucho para mí y ayudaron en mi maduración y crecimiento. Además, durante estas largas luchas académicas e intelectuales pude apreciar plenamente la amplitud de criterio, la tolerancia creadora, la originalidad tan generosa y cariñosa que siempre han caracterizado a nuestra homenajeada.

SEGUNDO CAPÍTULO

Con el paso de los años, Jacqui y mi persona evolucionamos por vías paralelas y en lugares distintos, pero siempre pendientes recíprocamente de nuestras actividades, compartiendo ideas y colaborando cuando quiera se presentaba alguna oportunidad de hacer algo en forma conjunta o asistir a los mismos eventos que se multiplicaban aceleradamente, porque la popularidad y vigencia de la temática así lo imponía. En lo esencial, Jacqui y yo siempre coincidíamos. Tal vez lo que más nos unía era nuestro apego a la temática indígena con sus distintas y variadas ramificaciones. Por ejemplo, en la Sociedad Venezolana de Antropología Aplicada (SOVAP), en cuyo seno yo militaba junto con los queridos amigos y colegas Omar González Ñañez, recién fallecido; Rafael Lopez Sanz; otros colegas simpatizantes; mi hermano, también ausente, quien atrajo a numerosos discípulos y discípulas; en ningún momento en este espacio enfocábamos a la población indígena de una manera estática, idealista y purista, lo que se comprueba en el hecho de que, en el propio Estudio de Caracas, coordinado por el excelente liderazgo del profesor Rodolfo Quintero, incluimos en términos vinculantes y futuristas a un grupo de descendientes de indígenas que aún siguen residiendo y resistiendo en el propio Valle de Caracas, por ejemplo, el señor Túpano Romero, cuyo nombre tiene tanta resonancia en los idiomas Tupí-Guaraní.



Hay que agregar a este valioso antecedente el poderoso movimiento actual que lucha por empoderarnos del idioma Caribano del Cacique Guaicaipuro, caribe de la costa, restituido a punta del esfuerzo de varias generaciones de estudiosos e indígenas que ahora permiten su reinserción definitiva y hasta su declaratoria como un nuevo idioma oficial de la República de uso tanto escrito como coloquial, y plenamente apropiado para la elaboración de documentos oficiosos y otros materiales más profanos.

Semejantemente, cuando durante el primer gobierno de Rafael Caldera Jacqueline se traslada a Mérida e inicia sus fructuosas actividades en la Universidad de Los Andes, una de ella relacionada con su enorme interés, no solo por continuar, sino llevar adelante la línea de investigación-acción en torno a nuestros pueblos indígenas y originarios, con sus aportaciones a nuestra identidad nacional y continental. Pero ella sabía, al igual que todo antropólogo, que no era tarea fácil encontrar indígenas en el estado andino de las cumbres todavía nevadas, aunque en pleno deshielo. Los llamados Timoto-Cuicas (a ella no le gustaba el nombre, prefiere hablar de Mucu, como en el Mucuchíes, Mucuchachí y Mucurubá) abandonaron su idioma y gran parte de su cultura original ya a comienzos del siglo XX.

Los indígenas merideños, hasta convencionalmente reconocidos como tales, son los Wayuu del Sur del Lago de Maracaibo, quienes proceden del estado Zulia. No obstante, este hecho indiscutible no hizo sino atraer más la atención de Jacqueline hacia los descendientes directos de los habitantes originarios e incluso a los campesinos fuertemente criollizados de los páramos, quienes representan más bien una forma de mestizaje.

Sobre este tópico aún tendremos algo más que decir.



TERCER CAPÍTULO

Por esta razón, más las que fueren, Jacqui se quedó encantadísima, digamos que embelesada, con nuestro querido estado Mérida y todo lo que éste significa para Venezuela y su patrimonio identitario.

Nuestra homenajeadá parece que, desde el inicio de su permanencia, tomó la decisión de consagrar su larga y muy productiva vida activa a seguir trabajando incansablemente en ese estado, apoyada, por supuesto, y en perpetuo diálogo inter e intradisciplinario, con el no menos eminente don José Manuel Briceño Guerrero, su esposo, a la vez que dando pábulo entre ambos a una familia ejemplar.

Es de lamentar que no dispongamos de tiempo ni de espacio para dedicarle más que pinceladas a una biografía tan rica en valores y contenidos. Lo que sí tenemos que comentar es lo relacionado con el extraordinario desempeño de Jacqueline en lo académico como tal, en lo organizativo, lo creativo e innovador de una nueva y refrescante concepción de la ciencia antropológica y de sus disciplinas específicas, en dirección a lo que hoy conocemos y reconocemos como Antropologías del Sur, de las cuales Jacqueline ha sido pionera y una de las fundadoras más destacadas. Para ir a lo concreto, en tan solo unos años Jacqueline logró crear en la Universidad de Los Andes un museo importantísimo, más un número importante también de posgrados (maestría y doctorado) eficaces y de alta calidad, en cuyo conjunto resuenan nombres como la cultura campesina de los Andes venezolanos, desarrollo endógeno, arqueología comunitaria, temas desarrollados en sus libros. Ha tenido un talento especial para insertar la antropología y lo antropológico en la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad, que hoy día requiere de una ciencia descolonizadora y desdogmatizada.



Confirmando la intencionalidad de este breve ensayo, quiero hacer resaltar, sin desmedro de todo lo demás, el énfasis extraordinario que mostró Jacqueline, con el sustancial apoyo de nuestro inolvidable Omar González Ñañez, en profundizar todo lo referente a la temática indígena y sus derivaciones más allá de las excelentes maestría y doctorados tan exitosos.

Lo cierto es que desde el momento en que Jacqueline empieza a trabajar el tema indígena merideño y su descendencia algo mestizada, aun cuando no conserve su idioma ni su cultura completa, estos pueblos empiezan a recuperar velozmente muchos de los elementos constructivos propios que se creían perdidos. De suerte que, hoy día, las comunidades de los páramos, de Lagunillas (los que se denominan indios Guasábaras y Quinaroes), se expresan con orgullo y emoción acerca de su indianidad, restaurando una serie de ritos y ceremonias que hunden sus raíces en un pasado milenario, pero espiritual y simbólicamente cercano. Por lo demás, Jacqui cuenta con una legión de discípulos y discípulas, tanto es así que un profesor trujillano, muy motivado, elaboró una gramática de la lengua Cuica mucho más completa que los trabajos anteriores. Es el retorno de los dioses de su largo exilio, una alusión a su obra.

Quisiera insistir en que tanto Jacqueline como mi persona, al igual que nuestros aliados y aliadas más cercanos, estamos plenamente de acuerdo en que el término, entre comillas, “campesino”, si bien cumple una función de naturaleza clasista, suena algo vacío e incompleto a la luz de las actuales teorías de antropología crítica e intercultural, al ignorar la etnicidad, el componente identitario megadiverso y transnacional, actuando casi como si lo cultural no existiera o fuese solo una contaminación ideológica.

Nada de eso. El campesino puede ser merideño de Venezuela, pero también hondureño, argentino, surcoreano, polaco... todos con sus millares de ca-



racterísticas socioculturales absolutamente irreductibles a lo económico y a su ubicación clasista.

CUARTO CAPÍTULO

La generosidad intelectual, amplitud de criterio y tolerancia ideológica de Jacqueline se demuestra a cada paso en sus relaciones interpersonales e interinstitucionales.

Pero más allá de estas consideraciones un tanto abstractas, donde mejor se manifiestan estos atributos es en relación con su eximio esposo, don José Manuel Briceño Guerrero, lamentablemente fallecido. Sería absurdo y aventurado siquiera poner en duda el grandísimo aporte de este brillante filósofo de alcance universal al estudio profundo de la identidad nacional venezolana y latinoamericana. También es evidente que él colaboró mucho en este y cualquier otro terreno con su amada esposa Jacqueline Clarac de Briceño.

Sin embargo, también está claro y perfectamente demostrado que este gran intelectual venezolano, llanero y apureño por más señas, no creía en la permanencia cultural de las culturas indígenas de Venezuela, del continente y del mundo entero. Hasta llegó a decir en una de sus últimas obras que los indígenas tenían el deber ético y patriótico de renunciar voluntariamente a sus culturas tradicionales para embarcarse en el navío de la gran modernidad occidental, económica, científica, tecnológica y política, dejando atrás sus raíces y manifestaciones diferenciadoras, a menudo milenarias. Para asumir ese criterio, Briceño no se basó en prejuicios ni en la falta de una formación o información suficiente. Todo lo contrario, él conocía profundamente y amaba de todo corazón a los pueblos indígenas y reconocía el valor de las culturas amerindias,



inclusive las amazónicas. Este tópico lo hemos desarrollado en otros trabajos, mas ahora queremos agregar lo siguiente, que puede arrojar una nueva luz sobre el problema.

Briceño Guerrero nunca creyó en la viabilidad de que en el futuro pudiesen coexistir, complementarse y caber en perfecta correlación creadora, por tiempo indefinido, esta cantidad de sociedades y culturas multidiversas. Pero su esposa, respaldada por un colectivo poderoso de aliados, demuestra diáfaramente, a lo largo de su extensa actividad académica y su vida extraacadémica, que tal cosa no solamente puede existir, sino que existe y es deseable, incluso necesaria.

Jacqueline es un ejemplo perfecto personificado, diría que inmejorable, de un verdadero encuentro dialógico de culturas y civilizaciones. De origen antillano, hablante del francés y también del creole martiniqueño de procedencia francesa y africana, luego venezolana por adopción, con un sesgo merideño y andino pluricultural muy marcado, nos prueba, sin lugar a dudas, que esa coexistencia pacífica y polidialéctica es posible y sumamente productiva. El maestro Briceño Guerrero seguramente lo comprenderá en algún momento, y con esto termino, en las esferas ultralumínicas donde su espíritu encontró su morada. Algunos destellos de su obra publicada así lo preconizan.

Muchas gracias por su paciencia.

